

VULNERABILIDAD, EMPATÍA Y RESPONSABILIDAD

VULNERABILITY, EMPATHY AND RESPONSIBILITY

Casimiro Bodelón Sánchez

Psicólogo clínico

RESUMEN

La experiencia de ingreso hospitalario como afectado del covid-19 y compañero de otros afectados, es el contexto de una reflexión tejida al hilo del primer impacto como persona vulnerable, y sucesivamente empática y responsable. Su formación le ayuda a recurrir a referentes competentes, testigos de situaciones extremas y buscadores del sentido de la vida y del valor de las relaciones humanas. Completa con un llamado a la responsabilidad de las profesiones entre ellas el Trabajo Social, implicado en una misión de ayuda que tiene que ver, en los momentos de crisis, con la recuperación del sentido de la vida y la dignidad.

PALABRAS CLAVE: Vulnerabilidad, Límite, Cercanía, Empatía, Solidaridad, Responsabilidad.

ABSTRACT

The experience of hospitalization as the affected person of the covid-19 and the companion of other affected people, is the context of a reflection woven in the thread of the first impact as a vulnerable person, and successively empathic and responsible. His formation helps him to resort to competent references, witnesses of extreme situations and seekers of the meaning of life and the value of human relations. It is completed by a call for responsibility in professions, including Social Work, which is involved in a mission of assistance that has to do, in moments of crisis, with the recovery of the meaning of life and dignity.

KEYWORDS: Vulnerability, Limit, Closeness, Empathy, Solidarity, Responsibility.

Correspondencia: cabosan@hotmail.com

*El hombre agoniza, reflexiona consigo mismo y, a veces, con Dios
Y no espera de la ciencia lo que la ciencia no puede darle.
(M. de Unamuno)*

Introducción

¡Madre mía! Me piden, en pleno “ferragosto”, que escriba reflexivamente sobre los términos “vulnerabilidad, empatía y responsabilidad”, relacionándolos con mi experiencia vivida y vivenciada durante la estancia hospitalaria a causa del coronavirus. Pues, para ponerme en situación, lo primero que me viene a la mente es la figura de mi madre, en el Bierzo, sentada ella en su banqueta y yo en una silla, en el huerto familiar; ella haciendo calceta y yo, veinteañero, leyendo un librito sobre Unamuno.

¡Ay, hijo, siempre te veo leyendo; espero que no te me trastornes! Yo, sonriente le contesté para tranquilizarla: Mamá, tú, haciendo calceta con la velocidad de una tricotosa, relajas tu mente y mantienes ágiles los dedos, yo me relajo y disfruto aprendiendo con esta lectura.

En las muchas horas que pasé de internamiento hospitalario, luchando asustado con el coronavirus en el cuerpo y la muerte asediando todo el hospital y rondando mi cama, recibí la visita amabilísima de la médico encargada de la planta que, al verme algo nervioso, me preguntó si necesitaba algo que ella pudiera proporcionarme para hacer más llevadero el encierro.

Me gustaría poder escribir, le dije, pero no tengo ordenador, no tengo bolígrafo ni papel. Me trajeron en la ambulancia con lo puesto y aquí no puede venir nadie a visitarnos. Ella sonrió y me dijo: ¿le gusta escribir?, ¡qué bueno! Y, tras tomarme la tensión y controlar la medicación del gotero, se despidió hasta la próxima visita. Pero hete aquí que a los diez minutos vino a mi habitación la enfermera con unos quince folios (de los que se desechan en la impresora, escritos por una parte y libres por la otra cara) y un bolígrafo.

¡Casimiro, esto se lo manda la doctora para que usted se distraiga escribiendo! La doctora, desde la ciencia médica, me había recetado antibiótico y algún retroviral; pero desde su “**empatía**” de mujer experta, amable y humana, me

inyectó en vena la ilusión, la emoción y el cariño de su cercanía, para aliviar mi soledad ansiosa y levantar mi ánimo.

Estuve escribiendo hasta las doce de la noche, apoyando en mis rodillas los folios desechados por las máquinas fotocopadoras y aprovechados por la doctora para mi distracción. Y qué escribí yo, se preguntará el lector. Pues, ni más ni menos, que una larga “Carta a Dios desde el hospital”, que pude mandar por whatsapp a una amiga y ella pacientemente transcribió en el ordenador y remitió al periódico para su publicación. Hela aquí en facsímil.

Querido Dios: Dentro de esta catástrofe he visto y sigo viendo, lo vivo en primera línea, muchos rostros humanos — de toda clase y condición—, mirando al cielo con ojos desencajados, y diciendo: «Dios, Dios, ¿dónde estás? ¿Qué nos estás haciendo, tú que eres bueno? ¿Sabe alguien, pregunto, dónde está Dios? ¿Le ha visto alguien por casualidad?». Yo no, desde luego, y soy un creyente asustado. Pero luego he pensado y me digo: ¡Qué error! Si tú, Dios, estás aquí, en mi compañero Vicente, hombre de campo, bueno como el pan bendito. Dios, tú estás en todos estos médicos, enfermeras, auxiliares, en los ángeles que asean y desinfectan las habitaciones, todos ellos son tus manos increíbles, Dios, las tuyas. Esas manos que cuidan de nuestra salud y de nuestras vidas.

Tus manos, Dios, son las de los guardias civiles y policías que nos protegen y defienden arriesgando sus vidas; tus manos, Dios, son las de las maestras y maestros que cuidan, enseñan y educan a nuestros pequeños y jóvenes; tus manos, Dios, son los padres y madres que nos han traído al mundo como regalo tuyo. ¡Ay, los padres...! ¡Cómo valoráis ahora a esos maestros y profesores que os liberaban a diario de vuestros retoños! Ellos bregan a diario con 15, 20, 25,... todo un rebaño, al que cuidan con esmero. ¡Y pensaban algunos que esos maestros tienen muchas vacaciones! Sabéis ahora lo agotador que resulta cuidar a diario y educar adecuadamente a uno o dos, ya no digo si son tres, y ellos todos los días pastorean ese pequeño rebaño de corderos, a veces, también algún cabritillo, por muy poco sueldo para la importante labor que es educar.

Por cierto, Dios, yo creo que todos los servidores públicos, si son buenos y honrados en su labor deberían cobrar más por hacer el servicio cercano de tus manos.

Dios, perdona si te pregunto: ¿Cómo es eso de que un ministro cobre seis veces más que un maestro? Esto es una prostitución. El ministro (minister) en origen era el ayudante del maestro (magister). Pues si ponemos el carro delante de los bueyes, eso no lo arreglas ni con San Demetrio.

TRIBUNA

24 | OPINIÓN | DIARIO DE LEÓN

JUEVES, 9 DE ABRIL DE 2020

Carta a Dios desde el hospital



CASIMIRO BODELÓN SÁNCHEZ
PSICÓLOGO CLÍNICO
(DESDE EL HOSPITAL MONTE DE SAN ISIDRO)

Tú, el gran servidor, sin anillos, ni capisallos, sin barbas de chivo, ni ojos de gran hermano, sino con la inocencia de un niño, tienes que tener cátedra en la educación, despacho para el consuelo en cada hospital y prisión, en cada residencia de ancianos, porque por esos sitios pasamos todos, cristianos, judíos, musulmanes, budistas,... todos como hijos tuyos

Tú, Dios, que sabes hasta latín, sabes que minus es menos y magis es más y ter significa «tres» (la perfección). O sea, que los de -ter, no son de Renfe, sino tus viceministros. ¡Haz que les valoren más! A ti es posible hasta que te escuchan, por miedo o por vergüenza...

Ahí, en todos y más en los nombrados, están tus manos que aípan, cuidan y acompañan, día a día en turnos de mañana, tarde y noche a pequeños y mayores, a jóvenes y ancianos, a enfermos y sanos. Yo, miserable, sin enterarme de que tú estás siempre al lado de cada uno de nosotros. ¡Digo esto Señor, porque te preguntaba dónde estabas! ¡Perdóname Señor, pero es que no te dejas ver, andas disfrazado y mimetizado en cada compañero de viaje.

Si, ahora entiendo la parábola de San Demetrio que narra Albert Camus en su obra *Los justos*. Permite que la recuerde: Cuenta la narración que Dios, ese que cada uno busca para pedirle una recomendación, cuenta que ese Dios invisible, quería hablar con San Demetrio y no teniendo oficina fija para recibir, le citó en el desierto, ya sabes, muy socorrido. San Demetrio, raudo como una liebre, corrió hacia el desierto, pero hete aquí que se topó en su carrera con un labriego desesperado que gritaba a sus bueyes hundidos en el fango con la carreta, y el bueno de San Demetrio se paró, se remangó y, sin bazo protector, al igual que nuestros médicos y demás, se embadurnó hasta las cejas jugando la vida. ¿Resultado? Que desatascó la carreta, pero llegó tarde a la cita y ya no te encontré. Eso dice A. Camus, pero yo le desmiento. La fábula también dice, y no en letra pequeña, que San Demetrio, sin darse cuenta, se encontró puntualmente contigo, disfrazado de labriego con carreta atascada ¡Vaya broma! No sabía Camus, por-

que nadie se lo enseñó, que Dios nunca cita a nadie en el desierto, símbolo del vacío.

Tú, buen Dios, nos desconciertas, por no decirte algo irrespetuoso, y nos citas en la oficina de «carretas atascadas». Eso nos angustia y algo te maldice por ello y hasta se cisca. Perdónale, perdóname, cuando sufrimos no sabemos lo que decimos. El problema está, Dios, en que vamos por la vida mirando al suelo, mirando el móvil ensimismados y en lugar de caminar como bipedotes erectos, mirando al frente con ojos bien abiertos, malgastamos gran parte de la vida mirándonos al ombligo, esa cicatriz que nos recuerda que otros nos trajeron con mucho amor y dolor a este mundo, ataditos para que no nos fuéramos por el sumidero.

Todos somos por y para los otros. Eso es ahora, a mis años, que valoro más: médicos, enfermeras, farmacéuticos, cajas y reponedores del «super», funcionarios de ventanilla pequeña o grande, maestros vocacionales, camioneros de reparto, conductores de autobuses, pilotos de aviación, guardias civiles y todos los cuerpos de protección.

Tú, Señor, eres bueno, nos enseñas a cuidar al prójimo, al próximo, como única manera de cortar catástrofes como esta; provocada no por ti, que eres bueno, sino por mirarnos y creernos el ombligo del mundo.

Perdónanos, Dios, y sin deseo de molestarte, así que eres paciente, te voy a pedir un pequeño favor: dales en tu moneda una paguita extra a todos los anónimos que no salen en la televisión a mentirnos y chulearnos, sino que calladamente nos ayudan sin conocernos. Perdóname por mi tozudez y corrígeme si estoy equivocado. Olvida eso de que nos acordamos de ti y de Santa Bárbara bendita solo cuando truena o buscamos enchufe.

Yo ahora creo que tú no estás en las oficinas de iglesias, mezquitas o sinagogas, a lo sumo estarás una horita de las veinticuatro de tu jornada, normalmente los festivos que todos conocemos bien. Tú, el resto de los días, estás en los hogares, en las oficinas, en las calles, en las escuelas, en los talleres, en las fábricas, en el campo, en los hospitales...y tienes allí puesta tu mira-

da para que tus manos humanas te ayuden a protegernos como ahora lo están haciendo.

Por cierto, creo que nos falta información adecuada, porque en las iglesias, solo ponen cerrado por falta de curas o por derribo y la gente no sabe que tú estás siempre de guardia con tu ejército de protectores, ya citado más arriba. ¡Ah!, hay alguno de los tuyos que nunca hace guardias pero las cobra y eso es feo. Dale un tirón de orejas, que eres el jefe y te hará caso.

Y ahora, te lo prometo, la última propuesta antes de irme a dormir... Yo creo que tenemos que aprender estas cosas en la escuela, porque las matemáticas, el inglés, la química, la biología, la literatura, la historia... son muy importantes, ivaya si lo son!, pero solo ese sustrato latente que ahora ha aflorado, da fuerza para la heroicidad de tus mejores ayudantes de la sanidad, la custodia, la docencia y los servicios.

Tú, el gran servidor, sin anillos, ni capisallos, sin barbas de chivo, ni ojos de gran hermano, sino con la inocencia de un niño, tienes que tener cátedra en la educación, despacho para el consuelo en cada hospital y prisión, en cada residencia de ancianos, porque por esos sitios pasamos todos, cristianos, judíos, musulmanes, budistas,... todos como hijos tuyos.

Mándales un burofax de los tuyos a los políticos que se empeñan en barrer tradiciones religiosas. Yo entiendo que rezar se aprende en familia, en el regazo de padres y abuelos, pero la simbólica religiosa, la filosofía de la religión, la historia de las religiones, la explicación del lenguaje simbólico, ha de enseñarse por personas sensatas y muy cualificadas porque el tema y su pedagogía no puede estar en manos de aficionados y sabes a lo que me refiero. Estoy convencido de que esos políticos ignorantes no son antirreligiosos, sino ignorantes o resentidos y, como no saben leer comprensivamente, confunden enseñar los temas difíciles en pequeñas dosis, con enseñarlo en las «diócesis». ¿Ves? Por pagar más a los ministros que a los maestros —y ya me callo—.

Gracias, Dios, gracias Maestro. Tuyo afectuosísimo y agradecido servidor, con mi máximo respeto.

Fue para mí un verdadero desahogo, todo un *ex corde*, que me volvió a enlazar, a relacionar con el mundo exterior, desde la clausura impuesta y obligada por el virus que amenazaba mi vida y la de todos los internos del hospital. A mi mente acudieron pensamientos y en mi corazón revivieron sentimientos muy profundos, que pude expresar, casi de forma primaria, pero que con ello conseguí la sensación de recuperar el contacto y la cercanía con el mundo exterior, con todas las personas que estaban pendientes de mi salud, de mi vida, en unos momentos difíciles para todos. Recuperé cierta seguridad, esa que se pierde o flaquea cuando entras en la ambulancia e ingresas en el hospital, lleno de interrogantes y con cierto temor.

No fue este mi único escrito. Cuando, gracias a los cuidados verdaderamente intensivos y casi heroicos del personal sanitario, pude superar la crisis de la infección y recibí el alta hospitalaria, sentí necesidad de manifestar mi gratitud más sincera por las atenciones y cuidados recibidos; ya desde mi casa, volví a expresar más sentimientos y muchas de las reflexiones que habían venido a mi mente tras lo vivido. Así pues, escribí otros dos artículos¹.

Empezando por los orígenes

Habiendo situado a mis lectores en las coordenadas actuales, en el qué y porqué de mis reflexiones, voy a remontarme a los orígenes de la realidad, de la realidad de cada uno. El ser humano *es historia* y *es relación* y ambas, como tales, son cambiantes, dinámicas, nunca estáticas. El profesor Luis Cencillo² en su extensa bibliografía y en múltiples ocasiones afirma con mucho fundamento que “no se puede hablar en la especie humana de una *naturaleza* propiamente dicha, como se habla de las demás especies y de los suelos. El hombre se hace, *se hace en la historia*, pues es historia y no naturaleza. Y ser historia implica el **continuo cambio**, insensible y paulatino, pero efectivo, en el que *parámetros, vigencias y criterios se amplían y se complementan, enriquecen y transforman* con puntos de vista hasta ahora insospechados. Y los dogmáticos, en su inseguridad psíquica, lo que quisieran es que, aun en las ciencias, no hubiese “historia”, sino una estabilidad inmutable de

¹ <<Reflexiones desde la Soledad>>, Diario de León del 22 de abril de 2020, p. 8 y <<Cara y cruz de la soledad>>, Diario de León del 12 de mayo de 2020, p. 17.

² LUIS CENCILLO, (2002), *Homosexualidad y paradojas sociales*, Syntagma Ediciones, Madrid, p. 121.

verdades absolutas. Cosa que está muy lejos de ser posible... No es que los valores cambien y caduquen como vulgarmente se ha dicho; no es que las normas sean relativizables (si son verdaderas normas y no formulaciones normantes de opiniones de grupo). Es que el hilo conductor de la realización humana (personal y colectiva: *histórica*) engrosa y adelgaza según los climas sociales que atraviesa”.

Nuestra historia, pues, se inicia con la relación de otros: de nuestros padres. Esa relación se hace fecunda y nosotros, cada uno, es fruto y resultado, en origen, de las relaciones de nuestros padres, que nos gestaron primero como una idea, luego con un deseo de tener hijos y finalmente cuajamos en la realidad presente, no acabada, tras pasar por diferentes y plurales placentas.

Es decir, nuestra vida-historia empieza en la mente y en el corazón de nuestros padres y se prolonga con el tiempo, en las relaciones plurales de cada uno. Empezamos “*realmente (res =cosa)*” en la placenta materna y seguimos gestándonos, haciéndonos personas, en la placenta familiar, medioambiental, social, escolar, cultural, religiosa, política, etc, etc. Todas estas relaciones placentarias van dejando marcas, improntas, en nuestro físico y en nuestra mente. Tenemos una gran plasticidad, somos como esponjas, unos más “porosos” que otros, y vamos absorbiendo física y psíquicamente sustancias, ideas, modos, maneras...; la vida, en su recorrido, consciente o inconscientemente, es un continuo aprendizaje que troquea lo que llamamos nuestro YO.

La persona vulnerable, empática y responsable

Vamos, pues, a acercarnos a las intimidades y vivencias de este YO, flamante, erecto, pero siempre con riesgo de tropiezos y caídas, porque es “vulnerable y frágil”. Dice el diccionario que vulnerable es todo el que “puede ser herido o recibir lesión física o moralmente”. Claro, es que en latín se llama *vulnus* a cualquier herida o lesión. Ya tenemos entonces la definición de un hecho, *ser vulnerable*, al que todos estamos expuestos y del que debemos ser muy conscientes, para no llamarnos a engaño ni sobresaltarnos ante los rasguños, pequeños o grandes, previstos o imprevistos, físicos o psíquicos que la vida nos depara cada día. Todos **somos vulnerables**, unos con mayor riesgo que otros, en determinadas circunstancias.

La reacción de algunas personas ante una determinada enfermedad, como esta del coronavirus, que se ha convertido en pandemia, es la de retirarse o querer desaparecer, porque no le ven salida y se deprimen hasta pedir o desear la muerte.

El Dr. Viktor E. Frankl, que estuvo internado en un campo de concentración nazi, pero que pudo ser liberado, al fin, cuenta cómo compañeros suyos, ante la proximidad de su muerte, cedían a la depresión y se lanzaban a las alambradas eléctricas, donde morían electrocutados o acudían a otros métodos también expeditivos para quitarse la vida. Él consiguió mantener encendida la ilusión de la esperanza, haciendo cosas tan extrañas como sacarle brillo cada día a sus zapatos, a pesar de saber que nada más ponérselos tendría que volver a pisar el barro abundante que rodeaba el barracón. Nadie entendía el afán con el que cada día se empeñaba en limpiar, hasta hacerlo brillar, su calzado deteriorado por el barro y la humedad. Era, dice él en sus escritos, para no perder la dignidad ni la esperanza, para no bajar la guardia y seguir pensando que podría sobrevivir, como así fue. Algo, a todas luces casi absurdo, le dio fuerzas para ganar la batalla que todos, menos él, daban por perdida. Por qué, nos preguntamos. Y él nos responde: porque la vida y la dignidad son *los valores máximos* que tenemos que proteger con un sí rotundo, a pesar de todos los pesares.

La destrucción o la ausencia de valores arrastran a las personas hacia la soledad vacía, hacia la angustia y al deseo de morir. Ser hombre, decía Frankl³, equivale a ser consciente, a tener conciencia de sí mismo y a ser responsable, es decir, a tener valor y voluntad para dar la respuesta adecuada en cada momento de su existencia. ¡Qué hermosa definición de **“responsabilidad”: dar la respuesta adecuada!** Y otra vez nos encontramos con que el origen de estos términos es el latín. Responsabilidad y consciencia (*responsum et cum-scientia = respuesta y sabiduría en compañía de otros*). Toda respuesta supone interlocutor. No respondemos al viento, respondemos a un “otro”, a un TÚ. Ambos términos se hermanan y tenemos personas responsables y conscientes. Cuando este valor de la *relación*, necesario para la vida, no existe, nos encontramos rodeados de

³ VIKTOR E. FRANKL, (1967), *Psicoanálisis y existencialismo*, Fondo de Cultura Económica, México D. F., 5ª edición en español.

irresponsables e inconscientes, lo que es igual a convivir con lo más degradado del ser humano.

Tras mi salida del hospital, habiendo visto el sufrimiento agónico y la atención primorosa de todo el personal sanitario y de atención directa, mi sensibilidad y preocupación hacia ellos ha crecido hasta extremos de convertirme en un “hiper-sensible” ante cualquier acto de personas que, sin el menor pudor, desoyen las consignas de protección hacia sí mismo y que tienen o pueden tener consecuencias fatales para los demás, por ejemplo, para el personal sanitario que tendrá que atenderlos cuando esos ácratas descerebrados caigan enfermos.

Observo con tristeza y, a veces con ira contenida, a cuantos mantienen conductas irresponsables, porque eso es fruto de una mala educación. Ésta crea una cultura del abuso, que arrasa con los valores más elementales de la sana convivencia. Todo lo contrario de lo que hoy necesitamos.

Se ha hablado mucho sobre el abandono o la falta de atención que en todo el país (en unas partes más que en otras) han sufrido los ancianos recluidos en residencias. ¿Puede haber mayor abuso, mayor indignidad que abandonar a su suerte, sin atenciones adecuadas a los ancianos, nuestros padres o nuestros abuelos?

Necesitamos una cultura de la atención y de la protección, que nos atañe a todos: niños, adultos y ancianos. Es la cultura o cultivo del cariño, del respeto y del cuidado, entendido éste en el más amplio sentido del término, de forma que nos resulte absolutamente intolerable una falta de respeto, un abuso, un abandono. ¿Cómo es posible que haya personas que protegen más y respetan más a los animales que a las personas? Bienvenida sea la cultura de cuidado y respeto al medio ambiente, a los animales, pero, por amor de Dios, primero y sobre todo a los seres humanos que están en la cúspide de la pirámide: las personas. La mayor riqueza de un país civilizado es su población, pero esto solo es verdad si niños, jóvenes, adultos y ancianos están bien educados, lo cual no se consigue de un día para otro, y aquí llevamos 30 años de retraso, porque se olvidó o se censuró el concepto de “autoridad”

(*auctoritas*)⁴, al identificarlo equivocadamente con represión dictatorial. ¡¡Ignorantes!!

Con mucha sabiduría y gracejo escribía Quino, no hace mucho, uno de sus mensajes más brillantes sobre el tema de la educación, puesto en boca de Mafalda: ***“De tanto ahorrar en educación, nos hemos vuelto millonarios en ignorancia”***. Por su parte, el filósofo Antonio Escotado, en una entrevista de radio, afirmaba: “Un país no es rico porque tenga diamantes o petróleo... Un país es rico porque tiene educación... Educación es conocimiento y éste enseña el respeto ilimitado hacia los demás...”. Donde no se pide disculpa, donde no se piden las cosas por favor... ahí no hay educación. Ahí reina la pobreza y la miseria moral. Yo, en mi vida profesional, atendiendo niños y familias con conflictos, he tenido que asistir “atónito” en mi despacho cómo un adolescente quinceañero, con padres de cultura y puesto universitario, insultaba en presencia del padre, de la forma más barriobajera y soez a la madre, sin que el esposo cerrara la boca-cloaca de su vástago grosero hasta no poder más. Ante tal desafuero, pregunté a la madre, ruborizada y llorosa: ¿esta escena se ha producido más veces en casa? Y me respondió mirando fijamente a su marido: “desde que el niño tenía doce años sufro estas vejaciones en mi propia casa, en presencia de mi marido, que nunca me defendió”. ¿Se puede decir más con menos palabras?

Cuando en la familia no se educa en el respeto, en el cuidado y en el cariño, y cuando en la escuela no se defiende a los educadores, cuando todos reculan “irresponsablemente” en sus responsabilidades básicas y usan aquello del <<laissez faire, laissez passer>>, esperando que “alguien” ponga orden en el sistema educativo-familiar, la catástrofe masiva del país está a las puertas, porque estamos todos inmersos en una pobreza humana estructural de muy difícil arreglo por las buenas y a corto plazo. Y cuando llega una pandemia como la actual, a un país donde abunda la grosería, la falta de respeto, la pillería, el latrocinio y la indignidad, difícilmente brillará la responsabilidad en unos y otros, porque no se educó en tales principios fundantes de ética básica, y las respuestas adecuadas, correctas y saludables sólo pueden provenir de padres, madres, maestros, sanitarios, profesionales de todas las

⁴ Ver en bibliografía mi ponencia en el VI Congreso estatal de Infancia maltratada, 25-27 de abril 2002.

áreas, políticos y gobernantes “*bien educados, responsables y con capacidad empática*”.

Y no me resisto a dejar escrita esta pregunta: ¿Contamos en estos momentos de gravísima crisis con el “número suficiente de estas personas bien educadas”? o ¿lo único que nos preocupa, (que también importa), es tener una buena reserva de fármacos y de mascarillas? ¿y de qué nos servirán, si quebramos por agotamiento, con nuestras irresponsabilidades masivas, al cuerpo sanitario y al cuerpo educativo? ¿y qué pasará en las familias, si la bancarrota económica del país nos impone una *economía de guerra*, cuando hemos crecido y hemos educado en la economía del lujo superfluo? Pues lo digo sin reprimirme: la falta de formación y educación en principios y valores de ética básica arrastrará al suicidio a muchos (¡no se publicarán los números!) de los que carecen de dignidad personal y a otros, muy frágiles y vulnerables, que no soportarán las restricciones del lujo y del despilfarro al que estaban acostumbrados y creían que nunca les faltaría nada, pero ahora les falta hasta lo elemental.

Estas y otras experiencias similares fueron objeto de mis reflexiones en las muchas horas de encierro familiar, tras el internamiento hospitalario, leyendo a mis autores de referencia.

Viktor Frankl se reafirma en su mensaje: somos, existimos, queremos vivir, siempre y cuando mantenemos *buenas relaciones*; es entonces cuando nos sentimos conscientemente sanos y la vida nos apetece; por el contrario, las *malas relaciones* son enfermizas, nos hacen inconscientes e irresponsables, y nos llevan a la muerte.

Mi experiencia en la habitación 118 del Hospital Monte de San Isidro fue para mí, para mi doctora, para mis enfermeras y cuidadores y, por supuesto para mi compañero “V.” algo vitalmente significativo. V. estaba asfixiado y a la espera de la muerte de un momento a otro. Anciano de muchos años clamaba angustiosamente por su hija para despedirse y abandonar la “agonía”, lucha desesperada en la batalla casi perdida; pero ante la epidemia masiva no se nos permitían visitas más que las de los médicos y enfermeras...; y, una vez más, lo que ya no podía hacer la medicina farmacológica, lo consiguió la bondad humana de la doctora, que usando todos los medios de protección a su alcance, permitió la entrada de la hija que V. reclamaba para la “despedida”. Quince minutos que nunca olvidaré. Padre e hija, llorando y sin

poder acercarse por el peligro claro de contagio, se dieron el “adiós”, supuestamente definitivo. La hija me dio su número de móvil rogándome hiciera de puente entre su padre, aún vivo, y toda la familia, confinada en el pueblo.

Esa noche se me hizo eterna, porque esperaba de un momento a otro el parón respiratorio de mi compañero de habitación. Él, entre gemidos angustiosos, por falta de oxígeno en sus pulmones colapsados y sobre todo por la ausencia irreparable de su hija y de toda la familia, me rogaba suplicante que no le abandonara. No nos conocíamos de nada, pero ¡cómo nos hermana el dolor, la angustia, la soledad, esa soledad que se llevó a tantos ancianos de muchas residencias! Yo le juré y perjuré a mi compañero, ahora hermano de habitación, que nunca le dejaría, que estaría a su lado en todo momento y llamaría a la doctora y enfermeras cuantas veces me lo pidiera (él no era ya capaz más que de gemir entre estertores de asfixia contenida). Yo no cesaba de hablarle, de animarle, de ofrecerle un sorbito de agua para frescor de su garganta reseca. Todo menos que pensara que me había dormido y le había abandonado. En esa “eterna” noche, que nunca olvidaré, con cansancio, con fiebre, con miedo, con la muerte rondando dentro de la habitación, hubo momentos en que llegué a delirar realmente y pensé que me estaba volviendo loco. De hecho, por la mañana pude anotar ciertos datos sobre mi sensación de delirio pre-psicótico, que me ayudarán a comprender mejor lo que puede pasar por la cabeza de tantas personas que empiezan a demenciarse.

Durante tantas horas en alerta máxima, V. y yo quedábamos, por agotamiento, en silencio durante breves lapsos de tiempo. Yo me levantaba ansioso para observarle de cerca, creyendo que se me había muerto, pero, con asombro, pude darme cuenta en varias ocasiones que dormía y respiraba sin dificultad. Comprendí entonces que V., confiando en mi palabra de no abandonarle, rebajaba su angustia vital y distendía su tensión muscular (*angustia* viene del latín: “*angustus*”=*estrecho*) lo que facilitaba la entrada del aporte oxigenante a sus pulmones y podía disfrutar de cortos periodos de sueño reparador. Por la mañana, en la visita obligada de nuestra querida doctora, pude expresarle como desahogo personal y como información clínica lo que había observado por la noche. Ella, incrédula, le hizo a V. la prueba de saturación y pudo comprobar efectivamente que al grave daño pulmonar se sumaba el estrés agudo y la “angustia” vital, todo lo cual

agravaba y ponía al límite la vida del paciente. Me dio las gracias y me animó a seguir ayudándole a V. y a ellas mismas, que lo tenían muy difícil.

Animado por tales palabras, me sentí con una nueva “responsabilidad”, que me haría olvidarme un poco de mi YO y preocuparme por el TÚ que estaba en peores circunstancias, pues era más “vulnerable”, más “frágil”, por su edad y mayor deterioro físico. Dedicué, como tarea a no dejar durante toda la semana, todas mis fuerzas y pericia profesional a ayudar a V. facilitándole el contacto telefónico con su familia, lo que le daba nuevas fuerzas, le ponía música de marchas militares, que me dijo le gustaban pues le recordaban sus tiempos en Tánger y Melilla... Se crearon tales lazos de fraternidad y cercanía con él y con toda su familia, que sólo estamos esperando poder encontrarnos en el pueblo para celebrar que él, “V.”, contra todo pronóstico inicial, se ha recuperado muy bien y hoy lleva vida normal en compañía de su esposa, hija, nietos y demás.

V. E. Frankl dice que el hombre entero está compuesto por tres capas: la somática, la psíquica y la espiritual; pues bien, mi compañero V. tenía muy deteriorada la capa somática, pero una vez que se consiguió reactivar las otras dos, salió victorioso, porque él consideraba que aún tenía mucho que hacer en su casa, y allí está como testimonio de su **sí a la vida** como valor máximo a proteger. Personalmente, he dejado muy subrayado en el segundo artículo que se publicó en el Diario de León, *Reflexiones sobre la soledad*, otro valor aprendido en esta circunstancia limitada para mí y límite para mi próximo V.: ***“La vida, si no es para compartirla y para ayudarnos desinteresadamente, no es vida, sino pura vaciedad”, es decir, no merece la pena.*** Mi llegada al hospital en la ambulancia, fue de total desvalimiento; por no llevar, no llevaba ni mi documentación, que había quedado en el coche de mi hijo. Ya en la habitación, me dieron un pobre pijama que malamente cubría mi desnudez. Ese era todo mi ajuar material, amén de mucho miedo, al compartir habitación con un compañero desconocido, que se hallaba en situación límite. Para sobreponerme tuve que echar mano de un mensaje que hacía pocos días un amigo bueno me había enviado por whatsapp: *“El sentido de la vida está en tener valores, no cosas de valor”*.

Y mi compañero angustiado y al límite de su resistencia, despertó en mí el mismo sentimiento que embargaba a todo el personal médico y de atención sanitaria

del hospital: la vida de este anciano de 86 años y del resto de internados era sagrada y había que luchar por ella como si fuera la de un recién nacido. ¡Y surgió el milagro!

Así empezó esta historia de reacción positiva, siguiendo el modelo heroico de las jóvenes enfermeras y de la Dra. Blanco que, mal protegidas con bolsas de plástico (!) (“es lo que hay”, me dijeron al ver mi cara de asombro), no dudaron en recibirme amablemente y sin el menor gesto de tensión, como si allí no estuviera sucediendo nada extraordinario. Ellas eran lo extraordinario: personas responsables, conscientes y dispuestas a jugarse la vida por salvar la nuestra. Personas llenas de “*empatía*” que usaban a raudales con cada uno de nosotros para conseguir tranquilizarnos, como primera medicación adecuada para el estrés que nos embargaba a todos los ingresados.

Y algún curioso me pedirá que le defina el término “*empatía*” que, de forma simple, “es el grado de sintonía afectiva con las demás personas y el ambiente circundante”. Pues este término ya no es latino, sino griego: *en+pasjein = sintonizar con el mundo emocional (positivo/negativo) de otra persona*. Alguien lo describe gráficamente, como “la capacidad de calzar el zapato del otro, o meterse en su pellejo para andar y sentir como él”.

Si hay algo que yo he observado en esta ocasión de pandemia en la que desde enero a julio he frecuentado asiduamente hospitales de Madrid y León, es la gran capacidad “*empática*” de los profesionales de la sanidad, de nuestra sanidad, pública y privada, pero quiero hacer una llamada especial para el personal del trabajo social, en cuya revista escribo. He echado de menos la presencia de trabajadores sociales en el cuerpo a cuerpo. ¿Porque se les retiró, para no infectarlos?, ¿porque se recluyeron en sus despachos, en labores burocráticas y administrativas? Pues lo siento, son un personal para-sanitario indispensable para acercarse “*empáticamente*” a los pacientes que tienen mucha necesidad de sus servicios, que nunca ni exclusivamente son “solo” de tipo económico-administrativo⁵. No seré descortés ni grosero poniendo a pié de página alguna nota con nombres y apellidos de más de una docena de trabajadores y trabajadoras sociales, que tienen el diploma, pero carecen de las dotes más elementales para tratar y sintonizar como es debido con sus clientes. Son

⁵ Si así fuera, sobrarían todos ellos, porque esa labor la puede hacer mejor un auxiliar administrativo.

amantes del despacho y de los buenos sillones ergonómicos, por lo que rehúyen en su trabajo diario, por el que cobran, el trato, si no es en su despacho. No acuden a ver y servir a sus clientes, son los clientes los que tienen que acudir siempre a verles a ellos, ¡para que no se les arrugue el traje!

Conozco, en cambio, a una legión de ellos con una entrega y una capacidad de servicio, cuya empatía y simpatía arrolladoras merecen el respeto y la consideración de los clientes que tienen la suerte de contar con ellos. Estos, además del diploma, indispensable, son vocacionales y prestan un servicio social impagable a los colectivos más vulnerables y necesitados; por eso, insisto, los he echado de menos tanto en Madrid como en León. Nunca en estos meses pude contar con ninguno; supongo que estaban en su “castillo” protegidos, en la retaguardia. Yo valoro más a los trabajadores sociales de vanguardia, porque los cuerpos “armados” no están para hacer de administrativos, sino para estar en primera línea de fuego. Como los sanitarios, como los policías, como los guardias civiles. Es posible que yo sea muy exigente, pero cuando aún estaba en activo, ya reclamé trabajadores sociales, en turnos de 24 horas, para atender emergencias sociales, tan graves como los accidentes que acaban en la sala de urgencias hospitalaria. Y la razón es bien sencilla, las emergencias sociales de los vulnerables no se pueden atender dignamente ni en la comisaría, ni en el cuartel de la Guardia Civil, ni en el juzgado de guardia, que es donde acaban casi siempre a partir de las tres de la tarde o los fines de semana; y si algo distingue o debería distinguir a la profesión de Trabajadores Sociales es el ser especialistas en atención de emergencias sociales, no solo de 8 a 3, sino durante las 24 horas. Más aún, por ahora, como no existe ningún “*Hospital para urgencias sociales*”, a la espera de su creación futura, yo pido equipos itinerantes de trabajadores sociales que estén de guardia, por turnos de 24 horas, dotados con profesionales vocacionales, no con burócratas administrativos. Eso proporcionaría a toda la población un excelente servicio, sin tanta burocracia; ésta siempre gasta más de lo que produce y es muy poco operativa en la práctica. ¡Ahí lo dejo como iniciativa para la Escuela, si quieren formar profesionales con capacidad de compromiso social!

Pero leyendo ahora a Kaufmann⁶, observo con estupor que Nietzsche, temeroso de los avances técnicos humanos, en pleno siglo XIX, afirmó, ya entonces, que sin un crecimiento paralelo de la ética y un aumento de la autocomprensión, íbamos hacia el nihilismo, y es entonces cuando escribió su parábola sobre la “muerte de Dios”. La historia de un loco que corre gritando por la ciudad: ¿Dónde está Dios? La gente se reía y le decía que estaría de viaje, pero el pobre loco gritaba cada vez más: “¿En qué lugar está Dios? ¡Yo os lo voy a decir! ¡Lo hemos matado tú y yo... ¿pero por qué lo hemos hecho?... ¿Quién nos dio la esponja para borrar por entero el horizonte? ¿Qué hicimos cuando desenganchamos a la tierra de su sol?... ¿Hacia dónde vamos ahora? ¿Lejos de todos los soles? ¿No estamos cayendo sin cesar hacia atrás, hacia los lados, hacia adelante, en todas direcciones? ¿Existen todavía el arriba y el abajo? ¿No vagamos como una infinita nada? ¿No sentimos el aliento del espacio vacío? ¿No hace ahora más frío? ¿No está empezando a cubrirlo todo una noche interminable?... ¡Dios está muerto! ¡Dios permanece muerto!... ¡y nosotros lo hemos matado...” Un largo silencio. Todos le miraban extrañados, atónitos y, entonces, él se dijo a sí mismo: “He venido antes de tiempo” y todos estos aún no se han enterado de lo que les espera... ¿Era Nietzsche un iconoclasta, un ateo, un agnóstico? Yo creo que no; más bien me parece un “inquieto pensador”, como entre nosotros nuestro Miguel de Unamuno, que más bien vaticinaban lo que veían venir y pocos de sus coetáneos percibían.

¿Es que Nietzsche predicaba la religión teocrática, infantil, del Dios anciano y con barbas? No, en absoluto, él nos estaba diciendo que una sociedad, como la nuestra, cuando pierde sus valores, se está encaminando hacia el caos vandálico y tirano, hacia la barbarie de la que ya nos había librado una vez el humanismo judeo-cristiano, hoy tan denostado por nuestra sociedad iletrada, analfabeta, que desconoce el valor de lo religioso, de lo simbólico y desprecia lo sustancial, por haberse quedado ignorantemente domesticada en el ritualismo vacío, algo que nadie mínimamente cultivado puede aceptar. En el fondo, Kaufmann ha captado que Nietzsche nos predicaba la “revalorización” o “replanteamiento” de todos los valores

⁶ WALTER KAUFMANN, (1978), *Tragedia y Filosofía*, Ed. Seix Barral, Barcelona

de la religión, no de los templos, sino de las personas. No en vano Friedrich era hijo de un pastor luterano y también había estudiado algún curso de teología.

Pido disculpas a los doctores universitarios, por intentar escribir mi reflexión en un lenguaje que hasta entendería mi pobre madre, especialista en remiendos y calcetas, ya que su tiempo malamente le llegaba para cuidar el rebaño de ovejas y el rebañín de hijos traídos al mundo en tiempos de pobreza y de miseria. Ella no conocía esos términos que encabezan el título de mi reflexión, porque casi no pudo ir a la escuela, sin embargo, curaba nuestras heridas (*vulnus*), nuestros rasguños (que no eran pocos y no había mercromina), ella hervía las agujas y nos ponía las inyecciones que mandaba D. Manuel, nuestro médico de cabecera y era ella también la que introducía en nuestras gargantas la cuchara con el aceite de ricino, que sabía a rayos; ella sabía cuándo estábamos tristes y sintonizaba con nuestros estados de ánimo, sin saber que eso hoy se llama “empatía”, ella daba respuestas adecuadas a nuestras necesidades físicas, emocionales y espirituales, sin saber que eso es lo que define el término “**responsabilidad**”; ella, que no había estudiado “magisterio”, era una verdadera maestra de la vida y nos enseñó, a veces con un coscorrón o un par de azotes, que “no éramos libres de hacer o no hacer algo”, sino que “teníamos la libertad para algo”, para asumir nuestra responsabilidad⁷. ¡Qué sentido de la vida, qué sabiduría innata tenía mi madre!

Mi madre primero y la vida, después, me han enseñado que “la libertad misma tiene ya como premisa la responsabilidad”⁸ de conservar y cuidar nuestra vida y la de los demás. Y, por supuesto, nadie en nombre de su libertad, debería permitirse la chulería o la desfachatez grosera e irresponsable, de pegar un puñetazo en el tablero del ajedrez vital para acabar la partida cuando va perdiendo, porque en la vida no siempre ganamos todas las partidas y saber perder entra dentro de la belleza del juego. No podemos olvidar que “todo juego” tiene reglas y sólo los “mal educados”, que no aceptan la frustración de una pérdida, se las saltan, dando un puñetazo o una patada. Esto es lo que le ha llevado a Frankl a afirmar algo estremecedor: “El suicida es valiente ante la muerte, pero cobarde ante la vida”⁹.

⁷ VIKTOR E. FRANKL, o. c., p. 70.

⁸ VIKTOR E. FRANKL, o. c., p. 70-71.

⁹ VIKTOR E. FRANKL, o. c., p. 299.

Pero esto yo lo aprendí desde muy niño, en casa, en el colegio, en la vida, porque tuve verdaderos “maestros”, capaces de meterme la cuchara del amargo aceite de ricino por la boca, pensando en mi bien y aguantando mis pataleos.

Mirando al futuro, las perspectivas que tenemos todos en este país golpeado por pandemias de virus, de economías destrozadas, de educación maltratada, de sanidad herida y de impaciencias de “jugadores cabreados”, vuelvo a echar mano del logoterapeuta V. E. Frankl¹⁰ y me reafirmo positivamente en su idea de que se puede seguir viviendo sin necesidad de tener tantas cosas como se tuvieron antes, en otras circunstancias, y que la vida es un valor incondicional e indiscutible; pero, eso sí, dice Frankl, “siempre que sepamos dar a la vida un contenido”, tener una meta, tener una “*misión*”. Esto mismo lo afirmó Nietzsche de forma lapidaria: “Quien dispone de un porqué para vivir es capaz de soportar casi cualquier cómo”. Esta frase, afirma Frankl, “da a entender también que el <<cómo>> de la vida, es decir, todas esas circunstancias desagradables que la acompañan, queda relegado a un segundo plano en el momento y en la medida en que pase a primer plano el <<porqué>> de ella”. Viene a suceder como lo que observamos en los deportistas de élite, que se imponen con frecuencia dificultades nuevas para experimentar el gozo de superarlas. Estos pequeños estímulos son los que les llevan a conseguir nuevos records.

Las personas, cuando nos vamos haciendo mayores, no sé si inconscientemente o por influencia social, tendemos más a la **pasividad**; y digo lo de la influencia social por aquello de que en nuestro país a los jubilados se les denomina “clases pasivas”. Es, a mi juicio, una invitación vendida como algo saludable, invitarles al descanso, a la holganza, pero yo siempre lo he criticado y lo valoro negativamente, pues en el subconsciente deja un regusto mortal. La pasividad es el símbolo más cercano a la muerte, y se convierte con frecuencia en foco de patologías psicofísicas, la mayoría de las cuales no llegan a valorarse. Por el contrario, la invitación a la “**actividad**”, a la creatividad, cada uno aquella que le convenga, que le guste, en la que pueda disfrutar... es como empujarle a seguir viviendo y a seguir sintiéndose útil. Suele decirse que toda máquina parada mucho tiempo acaba estropeándose.

¹⁰ VIKTOR E. FRANKL, o. c., p. 72-73.

Una experiencia que muchos ya han experimentado tras este largo confinamiento de todo el país, es que tanto sus ritmos biológicos y psicológicos como las rutinas diarias, laborales o sociales se han ralentizado y, en muchos casos, les están creando hasta cambios en el estado anímico y no precisamente para bien. Es, sin duda para mí, el resultado negativo de la pasividad física y anímica que la mayoría de la población ha sufrido e interiorizado durante este largo periodo de reclusión obligada. Las consecuencias de todo esto que yo expongo y que son fruto de mis reflexiones post-coronavíricas, deberían estudiarse cuando tengamos la perspectiva suficiente y el ánimo adecuado, amén de contar con datos empíricos de tipo sanitario, social y laboral. Sería un excelente trabajo de investigación para alumnos de la Escuela Universitaria de Trabajo Social.

El mundo está lleno de interrogantes y cada día los tenemos ante nuestros ojos. Solo hace falta voluntad para mantenerlos abiertos y estar dispuesto cada uno de nosotros a “responder adecuadamente”, según sus capacidades, sus deseos y su generosidad, es decir, cada interrogante es una llamada a la “responsabilidad”, que nunca es “pasividad”.

Del internamiento hospitalario o por qué echo de menos al trabajador social en la atención clínica hospitalaria

La forma de ser de cada uno de nosotros, nuestra personalidad, nuestro YO, lo decía, ya más arriba, se va gestando a lo largo de la vida en plurales “placentas”. Erving Goffman¹¹ en su magnífico ensayo sobre los internados institucionales, en los que estudia el mundo social de los pacientes/internos en hospitales, cárceles, campos de concentración, seminarios, cuarteles, etc., lleva a cabo un excelente trabajo, desde la perspectiva vivencial de los sujetos enclaustrados. “Creía entonces, y sigo creyendo, que cualquier grupo de personas –sean presos, [...], miembros de una tripulación o enfermos hospitalizados --forma una vida propia que, mirada de cerca, se hace significativa, razonable y normal; y que un buen modo de aprender algo sobre cualquiera de esos mundos consiste en someterse personalmente, en

¹¹ ERVING GOFFMAN, (1972), *Internados*. Amorrortu editores, Buenos Aires, Argentina.

compañía de sus miembros, a la rutina diaria de las menudas contingencias a la que ellos mismos están sujetos” (pág. 9).

Cuando decimos que nos troquelamos en diferentes placentas, se entiende que el troquelado puede tener tanto consecuencias positivas como negativas. Cuando V. Frankl¹² nos habla, desde su perspectiva vivenciada, del campo de internamiento, tras cotejar su experiencia subjetiva con los estudios externos y con perspectivas de mayor “objetividad”, llega a la conclusión de que todos concuerdan entre sí. Partiendo de esa objetividad, él distingue en los recluidos tres fases: la primera, a la entrada, estado de *shock*. Se le despoja de sus pertenencias (embolsadas hasta la salida)¹³; la segunda es adaptación a la vida dentro de la institución, donde se reduce en gran manera la autonomía de la que antes se gozaba. La vida afectiva, por lo general, decae, porque ya no se permite lo que antes el sujeto podía decidir. Algunos psicoanalistas lo definen como regresión al primitivismo, donde se cubren las necesidades elementales: se vive al día, con la meta de sobrevivir. Estos niveles tan primarios no suceden en los conventos, seminarios u otras instituciones donde, se supone que el ingreso es “voluntario”, pero sí se produce, de forma muy similar la “*deflación*” de la vida afectiva y sexual, con todas sus consecuencias. Sí llama mucho la atención de los investigadores, que en la mayoría de estos colectivos institucionalizados, el sentimiento religioso, hasta en personas poco creyentes, resurge en algunos de forma casi fanática-infantil, como refugio mágico de esperanza, cuando ésta flaquea o se agravan las dificultades¹⁴. Aunque parezca

¹² VIKTOR E. FRANKL, o. c., p. 118-127.

¹³ Para los que no lo sepan, a los novicios/as en la vida religiosa-conventual se les quitaba la ropa personal y se les imponía el “habito”, al tiempo que también se les despojaba del reloj, pendientes o demás alhajas que portaran, hasta en algunas congregaciones se les quita el nombre propio y se les adjudica otro, conservando los apellidos civiles para su contacto exterior. A los niños en los antiguos hospicios, se les vestía a todos con el mismo uniforme y se les colgaba del cuello su chapita con el nº de expósito y el año de entrada en la institución, etc. Hoy en los hospitales, al ingresar, lo primero que se le pone al enfermo para control interno, es su pulsera con el código de barras, si bien, con buen criterio, en el trato personal con médicos y personal sanitario siempre se emplea el nombre propio.

¹⁴ Este hecho debería ser tenido en cuenta por nuestros políticos que, en nombre de un laicismo, no de la laicidad, quieren suprimir en hospitales, residencias de ancianos, cárceles, fuerzas armadas todo servicio y asistencia religiosa. Igualmente, las autoridades religiosas deberían valorar estos servicios más de lo que suelen hacerlo, puesto que no vale mantenerlo con el sacerdote enfermo o jubilado o el que molesta en otros servicios, porque ejercer esta labor con profesionalidad exige preparación adecuada y personalidad muy fuerte y sana, puesto que enfrentarse a la problemática del dolor y de las dificultades que supone la “salud mental” del internamiento institucional, es muy exigente y no vale cualquiera para el desempeño adecuado y válido de dicha función. Y no digo nada sobre la asistencia y atención espiritual el colectivo femenino de los conventos de clausura, que es un capítulo aparte, pero preocupante y silenciado. (Marie-Jo Thiel, *L'Église catholique face aux abus sexuels sur mineurs* [p. 488]).

extraño a más de uno, tengo que felicitar, por la experiencia vivida, al responsable de cocina y a todo el personal de servicio de restauración del Hospital Monte de San Isidro, por el cuidado y calidad del mismo. Cuando uno queda rebajado o privado de relaciones afectivas y sociales, se centra mucho, inconscientemente, en el “plato”, y es que los responsables de las instituciones o desconocen o se olvidan de estas realidades tan humanas, pero tan básicas. Y esta es la razón de que muchos internos (tanto en instituciones civiles como religiosas) protesten contra la “comida”, porque convierten a ésta en el chivo expiatorio, al no poder protestar contra el jefe ¡Cuántas críticas aguantan en cocina, que son reflejo del malestar en otros servicios que no están precisamente en el “sótano”!

La tercera fase corresponde a la salida de la Institución (por curación, por muerte, por expulsión o abandono voluntario). Comprenderán mis lectores que cada una de ellas exigiría un tratado por su diversificación y pluralidad de respuestas, lo que no puede ser objeto de este breve artículo. Esto me permite dedicarle más espacio a la fase segunda.

De los muchos síntomas y escapatorias que manifiestan los internos en los diferentes centros institucionales, yo quiero subrayar lo que Frankl llama la capa/actitud espiritual: a cualquiera que entra voluntariamente o es internado a la fuerza, se le puede despojar de casi todo. ¿Conocen imágenes de enfermos esposados y amarrados a la cama, completamente desnudos? Hay algo que nadie les puede quitar: su libertad de pensar y la “posibilidad de optar por o contra la influencia del medio en que vive. Esta libertad y esta posibilidad están siempre a su alcance, aunque rara vez haga uso de ellas”. “Lo decisivo es siempre el hombre. Pero ¿qué es el hombre? El ente que siempre decide. ¿Y qué decide? Lo que habrá de ser en el instante siguiente”¹⁵. El último punto de apoyo que tiene un ser humano en el “límite” no es tirarse a la alambrada electrificada, y si lo hace, es que le ha cegado su dolor y de eso ya no es él el responsable. Uno se entrega y tira la toalla porque y cuando pierde su punto de apoyo espiritual. ¡Y espiritual no significa estar de rodillas y con los ojos cerrados!

¹⁵ VIKTOR E. FRANKL, o. c., p. 305.

El hundimiento psíquico por falta de un punto de apoyo espiritual deja al ser humano, aun al más fuerte, vacío y sumido en la apatía absoluta, hasta dejarlo morir. Viktor E. Frankl lo repite en sus obras reiteradamente y yo lo he comprobado y lo subrayo con toda mi fuerza: ***“el estado de inmunidad del organismo depende de la situación afectiva del individuo y, por tanto, de cosas como el deseo de vivir o el cansancio de la vida...”***.

Y hasta aquí quería yo llegar para dejar un mensaje de optimismo, de sentido vital, de ilusión profesional, **de responsabilidad** para todos los estudiantes y los profesionales de Trabajo Social: vosotros sois necesarios, vosotros sois indispensables para trabajar en primera línea, ayudando a los más **vulnerables y frágiles** de la sociedad, unos internados en los hospitales, otros en las residencias de ancianos, los más, en el campo y en la ciudad “envueltos en soledad y sin ilusión ni medios para sobrevivir”. Ahí os quiero ver, amigos y amigas trabajadores sociales. Esa es vuestra **“misión” : devolver el sentido y el deseo de vivir, ayudar a recuperar la dignidad a los despojados de ella, con o sin razón que lo justifique**. No os convertáis en cómodos reclamadores de pensiones, eso lo puede hacer mejor un administrativo; no os convertáis en jueces (que no lo sois) para declarar “incapaz” a quien tiene la suficiente capacidad para vivir con independencia y solo necesita una ligera supervisión (que sí es vuestra obligación, pero os saca del despacho). Cada uno a lo suyo. Pero eso os va a exigir mucha formación psicológica y también religiosa, sí, religiosa de verdad, no “pietista”, amén de una vocación de servicio a toda prueba. En caso contrario, dedicaos a otra cosa, nos sobráis. ¡Ah!, que no se me olvide, tenéis en vuestra profesión auténticos modelos de los que aprender y de los que todos nos sentimos orgullosos a diario.

BIBLIOGRAFÍA

- Berger, P. Luckmann, T. (1991): *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires, Argentina, Amorrortu editores.
- Bodelón Sánchez, C. (2002): *Menores maltratados y menores maltratadores*, Ponencia presentada en el VI Congreso estatal de la Infancia maltratada, Murcia, 25-27 de abril 2002, en *Surgam*, n° 481, enero-febrero, 2003, (9-15). Resumen en libro de ponencias del Congreso (FAPMI).
- Bodelón Sánchez, C. (2004): Crueldad de niños, irresponsabilidad de adultos, *Surgam*, Revista bimestral de orientación Pedagógica, n° 486, enero- febrero, 2004 (37-42).

- Cencillo, L.(2002): *Homosexualidad y paradojas sociales*, 2002, Madrid, Syntagma Ediciones.
- Cencillo, L.(1998): *Abordaje terapéutico de ancianos*, Madrid, Ediciones Fundación.
- Cencillo, L.(1997): *Psicología de la fe*, Salamanca, Ediciones Sígueme.
- Duch, Ll.(2012): *Religión y comunicación*, Barcelona, Fragmenta Editorial.
- Frankl, V. E.(1990): *Logoterapia y análisis existencial*, 1990, Barcelona, Ed. Herder
- Frankl, V. E.(1998): *La voluntad de sentido*, Barcelona, Ed. Herder
- Frankl, V. E. (1987): *El hombre doliente*, Barcelona, Ed. Herder.
- Frankl, V. E. (1984); *La presencia ignorada de Dios*, Barcelona, Ed. Herder.
- Frankl, V. E. (1984): *El hombre en busca de sentido*, Barcelona, Ed. Herder.
- Frankl, V. E.(1967): *Psicoanálisis y existencialismo*, 1967, México, F.C.E.
- Fromm, E. (1992): *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea*, 1992, 20ª reimp. en España, México, F.C.E.
- Fromm, E. (1987): *Anatomía de la destructividad humana*, 5ª edición española, Madrid, Siglo XXI.
- Fromm, E. (1983): *Tener o ser*, 9ª reimpresión en España, México, F.C.E.
- Goffman, I:(1973): *Internados*, Buenos Aires, Argentina, Amorrortu editores.
- Kaufmann, W.(1978): *Tragedia y Filosofía*, Barcelona, Seix y Barral.
- Lourau, R.(1975): *El análisis institucional*, Buenos Aires, Argentina, Amorrortu editores.
- Lourau, R.(1969): *L'instituant contre l'institué*, Paris, Anthropos.
- Marie-Jo Thiel (2019): *L'Église catholique face aux abus sexuels sur mineurs*, Paris, Bayard.
- Moreau De Bellaing, L.(1966): «Structure paternaliste et conception de l'autorité » *Revue Cahiers Int. du Sociologie*, 13 (41), julio-diciembre de 1966, (63-81).
- Nelson, J. B.; Longfelow, S. P.(1996): *La sexualidad y lo sagrado*, Bilbao, Desclée de Brouwer.
- Rof Carballo, J. (1961): *Urdimbre afectiva y enfermedad*, 1961, Barcelona, Ed. Labor.
- Caillois, R.(1970): *L'homme et le sacré*, Paris, Gallimard.
- Rollo M. (1976): *El hombre en busca de sí mismo*, Buenos Aires, Argentina, Editorial Central.
- Salzberger-Wittenberg, I.(1980): *La relación asistencial*, Buenos Aires, Argentina, Amorrortu editores.
- Sartre, J.-P.(1971): *L'imaginaire. Psychologie phénoménologique de l'imagination*, Paris, Gallimard.
- Unamuno, M. de(1970): *Diario íntimo*, Madrid, Alianza Editorial.